

Ella

Elvis Conti

**Elvis Conti**



# Capítulo 1

Era hora de irme.

Afuera de mi oficina ya no se oía el barullo de costumbre. Los policías ya habían iniciado las rondas para apagar las luces en cada uno de los veinte pisos del edificio. Ese día, yo ansiaba llegar puntual a casa para ver cierto partido muy esperado.

Me restregué los ojos y me estiré. La fatiga me obligaba a retirarme.

Justo al ponerme el saco escuché unos tímidos golpes a mi puerta. Dejé pasar unos segundos, antes de decidirme a abrir. Mi molestia era mayúscula, me imaginé alguna petición de última hora desde los pisos de arriba. Supuse que vería la cara de imbécil de Morales con alguna de esas solicitudes absurdas con los números y proyecciones para el último trimestre. Así que, sin disimular mi mal humor, abrí la puerta con rudeza.

Pero no... no era Morales.

- *¡No me diga que ya se iba!...*- Dijo Ella con una voz que parecía hacer juego perfecto con lo que mis ojos tenían enfrente. Yo, ya embrujado, me quedé ahí parado en el quicio de la puerta, mudo como estatua de sal.

- *Sólo le robaré unos minutos...* - Casi era un susurro.

Asentí con la cabeza después de un tiempo que pareció larguísimo. Y luego, torpemente, le ofrecí asiento.

Una vez que se hubo sentado, inició la presentación de la compañía de seguros que representaba. Yo la miraba arrobado, tanto que sentía un calor intenso en mi cara. Su rostro sólo podría describirlo como divino, cualquier otro adjetivo sería un ultraje. Su tez blanca contrastaba con una cabellera larga y azabache. Sus ojos color miel eran enormes y enormes sus pestañas. Algo en mi cabeza me hizo recordar risiblemente los *animés* japoneses. Pero solo fue por un segundo, en ese momento mi concentración se había detenido en su boca que, perfecta, no renunciaba a su presentación.

Llevaba un traje sastre de falda corta y saco negros. El escote de su blusa era generoso y seguía una línea que llegaba hasta una cintura pequeña, únicamente para abrirse luego hacia unas piernas interminables. Por un momento, mi mente, estacionada en la contemplación, pudo finalmente construir un pensamiento: *Sin duda es una de las mujeres más hermosas que he visto... ¡No!... corrijo... ¡Ella es la mujer más hermosa*

*que he visto en mis 35 años!* Luego, con un poco más de dominio, me permití incluso un poco de humor: *¡Esta mujer debe vender seguros por miles!*

Mientras Ella porfiaba en las bondades de sus planes de retiro, se levantó para abrir su maletín. Dejándome verla de espaldas con absoluta libertad. Me fue inevitable la regresión. Ahora era un adolescente nervioso y mirón, extraviado en el trazo rotundo de sus caderas y cargando, por ello, una culpa propia de *Voeyeur*. No sé si alguien podría creerme, que aún así, no fue un atisbo salaz, sino la dolorosa veneración por una diosa. Haberla visto de otra forma hubiera sido inmerecido.

Reaccioné cuando se sentó de nueva cuenta para proseguir con su explicación. Sus manos blancas y discretas se movían con soltura y acompañaban su charla en una coreografía impecable. No llevaba joyas, salvo un anillo sencillo de oro que no era una argolla matrimonial. Sonreía y su cara era más imponente aún. Yo dije tan pocas palabras, sólo emití ruidos raros, casi guturales, pocos "sí" y algunos "no". Traté de adivinar su edad y concluí que debía tener no más de 27 años.

Me sentí capturado cuando, perdido en las suaves ondulaciones de su cabello castaño claro, me lanzó con un tono definitivo:

- *¿Y qué opina entonces... le interesa alguno?*- Yo levanté la mirada avergonzado, otra vez me ardía la cara. Respiré profundo, carraspee y dije...

- *No señorita, la verdad es que ya tengo contratado algunos seguros ...*- Cuando me oí, no lo podía creer...

Ella se mordió su labio inferior discretamente. Y aunque deseé con toda mi alma que porfiara en su intento. Ella se levantó para irse. Luego simplemente le agradecí torpemente con un movimiento de cabeza y, sin ceremonia alguna, la acompañé hasta la puerta, y la dejé marchar.

A la distancia, me sigo reclamando.

No fui capaz de entretenerla y de prolongar su estancia. Jamás por mi cabeza pasó hacerle un lance o intenté siquiera ofrecerle un café... tampoco le pedí una tarjeta... ini siquiera se me ocurrió comprarle un seguro! Ella se dio la vuelta con gracia y se fue, dejando en el ambiente sólo su perfume y un espacio vacío que todavía me duele.